

PRESENTACIÓN

CUENTOS FELINOS II: UNA MUESTRA DE CAPACIDAD NARRATIVA

En 2014, aprovechando una corta estadía en Colombia, me ofrecí a preparar una nota introductoria para el libro *Cuentos Felinos*, editado bajo la responsabilidad de La Casa de Asterión, de Barranquilla. El libro incluyó cinco autores muy reconocidos del Caribe colombiano. Me piden ahora, mis buenos amigos colombianos, que escriba una nueva nota, esta vez para *Cuentos Felinos II*, editado por la Universidad del Magdalena. El volumen me depara varias sorpresas. La familia felina pasó de cinco a siete miembros; tres de ellos no aparecieron en el primer libro, y de los tres, dos son mujeres muy jóvenes, una novedad grata y gratificante, que habla bien de una literatura regional en permanente renovación.

“Carrera hacia la vida”, de Martiniano Acosta, registra los últimos minutos de un hombre que recibe un balazo en la frente. Ulises, el personaje en cuestión, ve cumplido así su deseo de morir tan rápidamente como fuese posible imaginar. La escritura, lenta y cautelosa al principio,

alcanza, al cumplirse el deseo del protagonista, la velocidad misma de la muerte. La muerte, por un extraño mecanismo poético, es transmutada en vida, permanente y fija para siempre en el reino de la escritura.

“Langostas”, también cuento de Martiniano Acosta, glosa y recrea un célebre episodio del libro Éxodo; pero como a veces la realidad envidia a la ficción, sin más, mientras la mujer repasa el texto sagrado, el protagonista siente un ruido extraño y creciente en el techo y poco después, como una bocanada maldita, una nube de langostas invade la casa. Realidad y ficción juntan sus aguas. El hombre, atemorizado, corre a esconderse en la biblioteca. Allí esperará tal vez el cumplimiento de todos los designios. El mundo de afuera, apenas sugerido, adquiere entonces una inusitada significación en este punto culminante del relato.

Adolfo Ariza, un mimado de los concursos literarios en Colombia y el extranjero, propietario de una frase larga, clara, tocada por el humor y la ironía, sabe conducirnos a la ficción y la fábula. En el cuento “Crónica del fin del mundo encontrada en una botella”, el autor está en su plenitud. Los temas tiznados de fantasía o ciencia ficción lo seducen. ¿Qué narra? El fin del mundo. Los últimos ocho minutos del fin del mundo debido a la explosión del sol y la llegada del apogeo de las sombras. Con minuciosidad nos cuenta cómo avanza el tiempo, desesperante, inexorable, hasta agotar las últimas bocanadas de luz. El autor nos conduce ante una situación inesperada: el final es lo más parecido al inicio del mundo.

En “Dialéctica de las basuras”, homenajeando a Cortázar y Monterroso, Adolfo Ariza maneja un asunto bastante original. Este autor, que nos ha acostumbrado al realismo

duro y a ciertos brotes de exotismo, se encamina con este texto a ejercer de manera metafórica y rotunda la crítica social. Todo empieza cuando las amas de casa se dan a correr tras del camión recogedor de basura para evitar que les dejen abandonadas sus bolsas de detritus. De tanto hacerlo, adquieren un estado físico envidiable, al punto que los médicos recomiendan la persecución de los carros como único ejercicio para gozar de buena salud.

La paradoja gira en torno a la necesidad de producir más basura y así poder ejercitarse más. El esfuerzo les demanda más calorías y es necesario adquirir más alimentos en los supermercados para nivelar el desgaste físico y, de paso, producir más basura. Esta espiral de compras desajusta los presupuestos familiares, y desata una reacción de choque en los hombres. La situación del país, alterada por las exigencias de más desechos por parte de las mujeres, desemboca en una verdadera conmoción nacional.

Aunadas en un levantamiento general, las mujeres toman la decisión de no tener más sexo con sus parejas hasta tanto no se resuelva el problema de las basuras. Aquí, el cuento entra en relación con el teatro griego por medio de *Lisístrata*, obra de Aristófanes, pieza en la que la ateniense convoca a la abstención sexual para obligar a los hombres a finalizar la guerra del Peloponeso. La diferencia estriba en que en este cuento de Ariza las mujeres no piden un cese al fuego. Solicitan algo más simple: aumentar la producción de basura.

Durante casi cuatro décadas, desde cuando publicó tal vez *Oscuras cronologías* (1980) o *Los extraños traen mala suerte* (1982), José Luis Garcés González ha cultivado el

cuento con una devoción feroz y callada. Ha desarrollado, aparte de un estilo, una obsesión por el destino de los solitarios y los marginales.

En los cuentos escogidos para el presente volumen, el escritor colombiano, además de reincidir en motivos familiares, ratifica un hecho de valor indiscutible: la vigencia de su magisterio en un género que le ha valido premios y reconocimientos en el país y el extranjero. Esta maestría descansa en un estilo que, a la precisión y la elegancia, suma la eficiencia de un autor curtido en el oficio de esconder y sugerir a tiempo.

En “Una pregunta para el señor Fellini”, Garcés González, a través del interrogar compulsivo/obsesivo del narrador, invita a poner la mirada en los vacíos, las frustraciones y los deslumbramientos de la vida de un hombre consentido, consagrado, más que en sus resonantes triunfos como guionista y director de cine, o de amante total. Nos propone, a grandes cuadros, la biografía de un hombre que si bien escapó de las imposiciones profesionales de su padre y logró abrirse paso en medio de las hostilidades del fascismo, fracasó al expresar, al final de su singular actuación, una línea que por primera vez tuvo muy clara en la cabeza.

En “Kabila”, la preocupación está enfocada en un tema recurrente en la narrativa de Garcés González: el mundo de las mujeres de vida alegre o mala. La protagonista es una negra encoñadora y taimada, dotada del doble don del sexo y la palabra. Rota antes de cumplir catorce años, amante de un médico chantajista, mujer de un arenero que le hace dos hijas y trató de bajarle la cabeza de un machetazo, Kabila acepta el camino de la prostitución a

sugerencia de una amiga de barrio. Este mundo es, a juzgar por el intercambio que sostiene con el aparente narrador del relato, un destino aplazado, un laberinto en el que la protagonista confirma una vocación marcada por un sexo que le bramó siendo bien tierna.

Con este par de cuentos, Garcés González parece querer decirnos que la felicidad o el éxito están salpicados de manchas y espejismos, y la prostitución puede ser un paraíso inesperado, un lugar en el mundo para mujeres de la naturaleza de Kabila.

Las atmósferas, los personajes, las historias de Garcés González rara vez son gratos, como han anotado los estudiosos Jonathan Tittler y Marco Tulio Aguilera Garramuño, pero la mano diestra del autor los transforma en un viaje placentero de esos otros que esperan el momento de entrar a nuestras vidas desde las páginas de sus ficciones. El juego asoma cartas y las lecciones quedan a la vista sobre la mesa mugrosa. “Pilas con lo que te estoy diciendo, hijueputa”, le dice Kabila, al final del relato, a su interlocutor. Esta graciosa frase, propia de camaradas y compinches, bien vale para los lectores amables en los que piensa José Luis Garcés González al armar sus narraciones. El juego y la picardía unen esfuerzos para hacer de la mesa de la literatura bien contada, un banquete inesperado, feliz.

En “El hombre en su jaula”, Annabell Manjarrés Freyle expresa la realidad final de un padre al que las hijas quieren ver morir pronto. El cuento, un diálogo logrado y cruel, sitúa al lector en un mundo cínico, injusto sin duda, de fuerte vigencia: cuando el padre enferma y, aparentemente ya no sirve para nada, las hijas lo presionan para que le fije fecha a su deceso, prolongado por el anhelo del moribundo de ver a su amante, su verdadero amor.

Al aislamiento, al recluirlo en la habitación de una casa de una finca bananera, las hijas suman un pragmatismo funerario un tanto patético. Las conversaciones entre las hermanas Beatriz Marta y Aida Isabel en ningún momento ocultan sus intenciones: necesitan la herencia, y no quieren ningún entrometido, hombre o mujer, entre ellas y sus planes. La muerte, finalmente, cumple su cita, aunque para horror de las hijas, ahora escandalizadas porque su padre, un rico hacendado, murió en su finca, en un pueblo miserable, lejos de la gravedad y la pompa de la ciudad.

Este cuento, premiado en el concurso El Túnel-Cámara de Comercio de Montería, 2015, practica un realismo inclemente, en donde los intereses pecuniarios y los ínfimas sociales afloran sin máscaras ni disimulos.

“Entre desechos”, el otro cuento de Annabell Manjarrés Freyle, nace marcado por un juego antitético, feroz. La narradora todo lo desea y todo lo detesta. La contracción se agudiza, y la coherencia entra en crisis. El desarrollo de la trama está salpicado de cavilaciones, evocaciones mortuorias, retrocesos, conjeturas, ambiciones frustradas y una experimentación narrativa marcada por el mundo virtual de la nueva ola tecnológica. Este cuento está situado en la postmodernidad narrativa y, lógico, se codea con las características de los tiempos comunicacionales del presente indicativo. Las irreverencias *light* y la marginalidad de las calles estrechan sus manos, en un pacto confuso, en las arenas de la playa donde, finalmente, despertará la protagonista y narradora. Todo termina convertido en una fantasía destructiva. Algún internauta calificaría de cuento actualizado este intenso relato de Manjarrés Freyle: hijo de su tiempo y nieto de las noches de bohemia.

A los dos breves cuentos de Carmen Amelia Pinto, titulados “Última noche de invierno” y “Un cuento con final feliz”, que ganó en 2013 el concurso del diario *El Colombiano*, de Medellín, los une el terror, la violencia y lo sombrío. Una secreta corriente verbal va del uno al otro. Los dos podrían ser las caras gemelas de una figura inquietante, siempre a punto de emerger. Ambos están vinculados con los acertijos y celajes de la noche. En uno, muere la mujer del personaje; en el otro, el gato y el hombre se sacan los ojos. La simbología que hermana a los textos casi obliga al lector a la tentativa de leerlos no uno al lado del otro sino de manera simultánea. El enigma a develar, sin embargo, queda astutamente fuera de la mirada más atenta. La trama, precisa y contundente, impone al lector la suerte de cerrar los textos. Al menos esto sucedió conmigo: amante, por lo demás, de sumarme fácil a las invitaciones latentes en este tipo de escrituras.

“Última ratio”, el extenso cuento de Clinton Ramírez C. listado en esta recopilación, es una fábula satírica contra la contemporánea sociedad de consumo. Un excéntrico millonario, hastiado de novedades y proezas, decide comprar una muerte excepcional al someterse a las cuchillas de una sofisticada máquina. Quiere saber qué se siente al ser cortado dos o tres veces por la máquina, así no pueda comunicárselos a otros. La intención de lograr un placer postrimero es clara. Uno de los méritos del cuento radica en la proeza de sostener el interés del lector en todo el trayecto narrativo.

En el panorama literario colombiano, este cuento posee una luz muy particular. Su título latino: última razón, último argumento, el final de la vida, se antoja revelador. Edgar A. Poe o H. P. Lovecraft hubieran firmado con gusto este texto.

Clinton Ramírez C., a quien Ediciones Zenócrata acaba de publicar *¿Te acuerdas de Monín de Böll?*, un hermoso libro con sus cuentos completos, nos entrega con “Una noche con las vestales”, un ejercicio de bohemia o de mascarada narrativa. El cuento, cuyo título remite a la mitología romana, tiene, desde el principio una atmósfera plena de burdel, es decir, de alcohol y sexo. El cuento elude sugerencias o insinuaciones para ir directo a su atmósfera, a su asunto. El lector sabe en qué espacio está situado y qué tema se va a abordar. Sabe, además, que el lugar es exclusivo para marineros.

Cormorán, el marinero y narrador nos entrega, apenas entra al bar, la ubicación de la barra, la parafernalia preterita de un ancla, un timón, un pedazo de arpón, y la hornada de hermosas jóvenes de todas las tinturas posibles: pelinegras, rubias, caobas. El protagonista, antiguo estudiante de teología en la Sorbona, solicita el servicio de dos hetairas. Tiene dinero, quiere gastarlo bien, pero desea sobretodo “vivir las noches con todos sus peligros”, incluido el de ser otro. Cervezas, whiskies, picadas, mimos animan la singular velada.

Irrumpen las proezas itinerantes del marinero: Cádiz, Amberes, Marsella, el París de *El Lido* y el *Moulin Rouge*. Los vinos exquisitos, los braseros olorosos y las mujeres inolvidables colman la noche. Sus amigas, más jóvenes pero igual de hábiles, comparten con él sus intensos periplos. El aire de la madrugada anuncia la hora de partir. Él les promete volver mientras su barco permanezca en el puerto. Sale a un mundo recién despierto y, al llegar a su pensión, se topa con el gato de Veruzka, la patrona, animal a quien piensa como “fingido vigilante de los cielos”.

Cormorán sube las escaleras, abre la puerta de la habitación, se quita la gorra de marinero y se acuesta sin desvestirse. Con los brazos extendidos en una suerte de crucifixión matutina, untado de alcohol y putería, escuchará el sonido de unas campanas lejanas. Está vivo de mala vida. La impostura de vivir triunfa en él. Pronto puede estar muerto. Un mejor final resulta difícil imaginar.

La violencia bipartidista que vivió el país en plena mitad del siglo XX arrojó sobre un pueblo cercano a Barranquilla a una mujer, una niña —su hija adoptiva— y a un perro de nombre Coco. Un hombre, solo y viudo, lleva a los tres desplazados a su casa, donde vive con su hijo David. Sobre estos simple hechos, en apariencia inofensivos, Guillermo Tedio monta el entramado infernal del que nunca podrá desprenderse David, el protagonista del relato.

Obligado por sus responsabilidades, el padre de David, que trabaja en una empresa que comercializa tractores en Barranquilla, debe ausentarse permanentemente, situación que aprovecha Carmen Zenaida para imponer su estilo violento. Aunque David, Cristina y Coco intentan vivir al margen, en un paraíso de juegos, pronto la fatalidad se ensañará. A Coco, un día en que come su almuerzo, un hueso se le queda atravesado en la garganta. El sufrimiento del animal alcanza a los niños. El animal tose y suelta una babaza sanguinolenta, sin conseguir liberarse del hueso. Tedio, con solvente mano, pone al lector frente a un drama que derivará en infierno. La mujer dicta la sentencia de Coco: ella misma compra y le suministra el veneno al animal. Aunque tanto David como Cristina esperan compungidos la muerte del perro, Coco sigue vivo, rumiando

una agonía insoportable. Carmen Zenaida intervendrá de nuevo para conducir el relato a su cima más dolorosa, al obligar a David a ultimar al animal de dos garrotazos que, en lugar de poner fin a la agonía del perro y al infierno del niño, los prolongan. El perro solo morirá un lunes, pero para el niño David será el principio del infierno.

Todo cambiará en él. La violencia externa alcanza su mundo feliz. La niña, recordará más tarde David, empezaría a mirarlo con miedo o lástima. Él, por otra parte, jamás podrá quitar de su memoria o su conciencia la mansa mirada de Coco. Tedio, de esta manera, logra, a partir de un hecho aislado y atroz, construir una metáfora despiadada de la violencia que por tantos años ha marcado la historia de su país. Violencia más despiadada en la medida en que hace de los inocentes forzados victimarios. El valor de símbolo de Carmen Zenaida resulta transparente. Ella simboliza una violencia ávida de generar más violencia. Que esta mujer, a la que le asesinaron el marido, no haya concebido, constituye otro dato maestro para acercarnos a un personaje víctima y reproductor de la violencia. “Historia de perros” confirma un tema recurrente en la narrativa colombiana y, de paso, la solvencia de un autor indispensable, muy al tanto de las señales del mundo que le ha correspondido vivir, leer y poetizar.

Las mascaradas, los juegos y el desparpajo tienden puentes seguros entre estos autores, más allá, o más acá, de las distancias geográficas y al hecho de pertenecer a generaciones distintas. Sus entornos culturales y vitales son sometidos a un escrutinio feroz y sutil. El tiempo de las indulgencias y los malabares verbales son ajenos a sus particulares poéticas. El cuento del Caribe de Colombia

tiene en ellos a unos exponentes seguros del oficio y de sus apuestas. Marcan, a mi gusto, una diferencia de grado. Más allá de la cercanía, la amistad y la complicidad, los une algo que a otros escritores separaría, su independencia creativa, el hecho de saberse de una familia enemiga de los autoritarismos de los programas y de los viciados rituales de las gavillas de tintos y cigarrillos.

Esta muestra de *Cuentos felinos II* corrobora la amplitud temática de los escritores caribeños, sus rotundas maneras de narrar y la frescura inclasificable de una prosa dichosa de una mayoría de edad. Ningún tópico pareciera retenerlos. Tampoco huyen de ellos. Pueden fantasear, asumir el mundo inmediato o irse tras los vertederos de lo universal, sin perder la eficacia de un humor latente o abierto. Salen, sin duda, bien librados de sus aventuras, confirmando el espesor de una narrativa ducha en sacarse la lengua a sí misma. Mantienen con sus aportes al cuento la jerarquía de una tradición escritural caribeña iniciada por José Félix Fuenmayor y robustecida por Álvaro Cepeda Samudio, Gabriel García Márquez, Germán Espinosa, Marvel Moreno y Jairo Mercado, entre otros. El lector, además de constatar la plenitud de un género tan querido a los escritores del Caribe de Colombia, experimentará en estos cuentos el placer del texto de que hablaba Barthes: placer doble: físico e intelectual.

Abraham Rumsfeld W.
Ph. D. en Nuevas Estéticas

Jackson, pleno invierno de 2018